

NOTAS DE POBLACIÓN

AÑO XXXII, N° 80, SANTIAGO DE CHILE



NACIONES UNIDAS

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe
Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población

LC/G.2276-P
Octubre de 2005

Copyright © Naciones Unidas 2005
Todos los derechos están reservados
Impreso en Chile

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N.Y. 10017, Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

PUBLICACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
NÚMERO DE VENTA: S.05.II.G.142
ISBN 92-1-322775-2 ISSN impreso 0303-1829 ISSN electrónico 1681-0333

Ilustración de portada: Frida Kahlo, mexicana.
"Mis abuelos, mis padres y yo" (detalle), 1936
Diseño de portada: María Eugenia Urzúa

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

José Luis Machinea, Secretario Ejecutivo

**CENTRO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO DE DEMOGRAFÍA
(CELADE) - DIVISIÓN DE POBLACIÓN**

Dirk Jaspers, Director

La Revista **NOTAS DE POBLACIÓN** es una publicación del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población, cuyo propósito principal es la difusión de investigaciones y estudios de población sobre América Latina y el Caribe, aun cuando recibe con particular interés artículos de especialistas de fuera de la región y, en algunos casos, contribuciones que se refieren a otras regiones del mundo. Se publica dos veces al año (junio y diciembre), con una orientación interdisciplinaria, por lo que acoge tanto artículos sobre demografía propiamente tal, como otros que aborden las relaciones entre las tendencias demográficas y los fenómenos económicos, sociales y biológicos.

Comité editorial:

Jorge Bravo
Juan Chackiel
José Miguel Guzmán
Susana Schkolnik

Secretaria:

María Teresa Donoso

Redacción y administración:

Casilla 179-D, Santiago, Chile
E-mail: MaríaTeresa.Donosos@cepal.org

Precio del ejemplar: US\$ 12

Suscripción anual: US\$ 20

Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de los autores, sin que el CELADE sea necesariamente partícipe de ellas.

SUMARIO

Presentación	7
Esperanza de vida y dinámica de las sociedades. <i>Jacques Véron</i>	11
Cambios en la estructura por edades de la población, transferencias intergeneracionales y protección social en América Latina. <i>Andras Uthoff, Jorge Bravo,</i> <i>Cecilia Vera y Nora Ruedi</i>	27
Las transferencias intergeneracionales y la desigualdad socioeconómica en Brasil: un análisis inicial. <i>Cassio M. Turra</i> <i>y Bernardo L. Queiroz</i>	65
Las transferencias intergeneracionales en Uruguay. <i>Magdalena Furtado</i>	99
Los adultos mayores en América Latina y el Caribe: arreglos residenciales y transferencias informales. <i>Paulo M. Saad</i>	127
México y Estado de Guanajuato: transferencias intergeneracionales hacia los adultos mayores. <i>Verónica Montes de Oca y Mirna Hebrero</i>	155
El impacto de las transferencias intergeneracionales de la vivienda. <i>François-Charles Wolff y Claudine Attias-Donfut</i>	195

ESPERANZA DE VIDA Y DINÁMICA DE LAS SOCIEDADES

Jacques Véron*

RESUMEN

El presente trabajo considera el significado que tiene la prolongación de la vida humana en términos del contexto demográfico y de la dinámica de las sociedades. El aumento en la esperanza de vida, que provoca como respuesta una baja en la fecundidad, se plantea como un hecho tanto individual como colectivo, que conduce al envejecimiento poblacional. Este proceso, que ya constituye un desafío para los países desarrollados, pronto lo será para los países en desarrollo. En esta aproximación global de la prolongación de la vida, lo esencial es el futuro de las relaciones entre generaciones. Así, se propone considerar el efecto de estos cambios, como un conjunto de interacciones de la población en distintos tramos de edad, en un “sistema de generaciones”.

En ese contexto, se analizan varios aspectos considerados trascendentes: cantidad y calidad de vida; el relativismo de la edad en que comienza la vejez; las diferencias de género; las inequidades entre generaciones; las edades de entrada y retiro del trabajo; el financiamiento de los inactivos mayores; la edad psicológica versus la edad cronológica; y el papel solidario de la familia, el Estado y el mercado en el logro de la equidad intergeneracional. Finalmente, se promueve la existencia de una “sociedad intergeneracional” en la que se facilitaría el intercambio e integración entre las diversas generaciones.

* Demógrafo. Director Adjunto del Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED), Francia, INED, 133 boulevard Davout, 75 980 Paris Cedex 20. France (veron@ined.fr).

ABSTRACT

This paper considers the significance of the extension of life expectancy in the demographic context and for the dynamics of societies. The increase in life expectancy is presented as a fact that is both individual and collective, and leads to population ageing. This process, which already poses a challenge for the developed countries, will soon be a challenge for the developing countries. In this global approach to the extension of life expectancy, the future of relationships between generations is a vital aspect. This paper therefore considers the impact of these changes in terms of a set of interactions among different population age groups as a “system of generations”.

In this context, there is an analysis of a number of significant aspects: quantity and quality of life; the relativism of the onset of old age; gender differences; inequities between generations; the ages for entering and retiring from employment; the financing of economically inactive older adults; psychological age versus chronological age; and the solidary role of the family, the State and the market in achieving intergenerational equity. Lastly, support is expressed for the existence of an “intergenerational society” in which exchange and integration between the different generations are facilitated.

RÉSUMÉ

Cette étude aborde la question de l'allongement de la durée de la vie humaine dans le domaine démographique et pour la dynamique des sociétés. L'augmentation de l'espérance de vie est un fait tant individuel que collectif, qui conduit au vieillissement de la population. Ce processus qui était déjà un défi pour les pays développés, le sera bientôt pour les pays en développement. Dans cette approche globale de la prolongation de la vie, l'essentiel est le devenir des relations entre les générations. C'est ainsi que cet article propose d'aborder l'effet de ces changements comme un ensemble d'interactions entre les différentes tranches d'âge de la population, comme un "système générationnel".

Dans ce cadre, plusieurs aspects vus comme fondamentaux sont analysés: durée et qualité de vie; notion relative de l'âge considéré comme marquant le début de la vieillesse; différences selon le sexe; manque d'équité entre générations; âges d'entrée dans la vie active et de la retraite; financement des personnes âgées inactives; âge psychologique et âge chronologique; rôle solidaire de la famille, de l'État et du marché dans la recherche de l'équité intergénérationnelle. Finalement, l'auteur prône l'instauration d'une "société intergénérationnelle" favorisant les échanges et l'intégration entre générations.

INTRODUCCIÓN

En los países desarrollados, la prolongación de la vida, asociada a veces a una muy baja fecundidad, origina una profunda modificación del contexto demográfico en el cual se manifiestan complejas interacciones económicas y sociales. Hoy resulta cada vez más evidente que la duración de la vida constituye una problemática tanto de índole individual como colectiva (Véron, 2005). Con la prolongación de la vida se modifican las relaciones tanto entre grupos etarios como entre generaciones. Para dar cuenta de las dinámicas en juego se impone cada vez más la necesidad de razonar en términos de “sistema de edades” y no de evolución de grupos etarios considerados en forma aislada unos de otros (Riley, 1987). La prolongación de la vida impone la necesidad de que los sistemas de solidaridad e intercambio se adapten al aumento del número de personas inactivas en las edades avanzadas. Con una esperanza de vida en continuo aumento, cambia el significado mismo de las edades. Para traducir este cambio radical derivado de la prolongación de la vida, el sociólogo francés Xavier Gaullier (2003) habla de “sociedad longevital”.

Al aumentar la duración de la vida, es importante que la población sepa “envejecer bien” y, llegado el caso, “morir bien”. En este nuevo escenario, y especialmente en un contexto de baja fecundidad y de débil crecimiento económico, el tema de la equidad entre generaciones se plantea en nuevos términos. ¿Cómo debe modificarse el contrato social para hacer frente a estos cambios demográficos en curso o venideros (Véron y otros, 2004)? Expresadas en términos simples, las dos preguntas que se plantearán cada vez más son las siguientes: ¿quién debe ocuparse de quién? ¿Quién debe pagar por quién?

El envejecimiento demográfico constituye desde ahora un desafío para los países desarrollados y lo será también, a más largo plazo, para los países en desarrollo. Este tema del envejecimiento demográfico, considerado a menudo en sí mismo, parece requerir un enfoque global, dado que lo que está en juego ante todo es el futuro de las relaciones entre generaciones.

I. LA DURACIÓN DE LA VIDA, PROBLEMÁTICA INDIVIDUAL Y COLECTIVA

El sociólogo alemán Karl Mannheim (1928) insistía ya en la duración promedio de la vida como un componente importante de la dinámica de las

sociedades, ya que determina en parte la “velocidad de circulación” de las generaciones. Se puede también considerar la duración de la vida desde una perspectiva de regulación demográfica y la baja de la fecundidad como una respuesta a una vida en promedio más larga. Tal como afirman Meadows y otros (1972), dado que el deseo elemental de toda persona normal es vivir el mayor tiempo posible y gozando de buena salud, se dará siempre preferencia en toda sociedad a una baja tasa de mortalidad, lo cual implica que para mantener el equilibrio con una larga esperanza de vida la tasa de natalidad sea baja.

Se ha llegado a afirmar que el incremento de la esperanza de vida ha tenido como consecuencia “agregar edades” (Roussel y Girard, 1982). En la vida de una persona han aparecido tiempos intermedios; en rigor, un joven ya no está en la adolescencia sin que eso signifique necesariamente que esté activo; puede tener una vida sexual de adulto sin abandonar el nido familiar, etc. Las divisiones de la vida humana en diferentes “edades” suponen al fin de cuentas un cierto determinismo de la edad y un mínimo de homogeneidad dentro de cada categoría etaria. Ahora bien, las fronteras entre las edades evolucionan con el correr del tiempo, dados los cambios que se manifiestan en el estado de salud en una determinada edad o bien debido a razones institucionales (fijación de la edad de la jubilación, por ejemplo). Durante mucho tiempo la edad de 60 o de 65 años fue considerada como un “corte” entre “adultos” y “adultos mayores”, mientras que hoy, en los trabajos sobre envejecimiento demográfico, se insiste cada vez más en la heterogeneidad del grupo de las “personas mayores” (los de más de 60 o 65 años). Frente a la prolongación de la vida se debe distinguir, por ejemplo, en el rango de los mayores de 60 años, entre los menores de 80 años y quienes ya superaron esta edad.

En la construcción de categorías fundadas en la edad, es conveniente además estar muy atento a la imbricación entre efecto edad y efecto generación. Quienes hoy en Francia tienen entre 50 y 60 años son baby boomers. ¿En qué medida su comportamiento depende del hecho de tener entre 50 y 60 años? ¿En qué medida éste se explica por el hecho de que los baby boomers tienen una historia particular, que les es propia? Si el efecto historia singular es dominante, quienes tengan entre 50 y 60 años dentro de diez años no se les parecerán en absoluto.

La duración de la vida constituye una problemática individual y colectiva también desde la perspectiva de la relación entre cantidad y calidad de los años vividos.

II. CANTIDAD DE VIDA Y CALIDAD DE VIDA: ¿QUÉ OPCIONES ASUMIR?

Cabe preguntarse si la maximización de la duración de la vida debe ser un objetivo social. Este objetivo representa un costo para algunos individuos (las personas que llegan al fin de su vida en situación de alta dependencia) y para la sociedad (costo económico de asumir esta dependencia). ¿Debe ser la esperanza de vida lo más larga posible? En su libro *Emilio*, dedicado a la educación, Jean-Jacques Rousseau consideraba que era más importante sentir la vida que vivir el mayor tiempo posible:

“Se trata menos de impedirle morir [al niño] que de hacerle vivir. Vivir no es respirar, es obrar, es hacer uso de nuestros órganos, de nuestros sentidos, de nuestras facultades, de todas las partes nuestras que nos dan el sentimiento de nuestra existencia. El hombre que ha vivido más no es aquel que cuenta con más años, sino aquel que ha sentido más la vida. Tal se hizo enterrar a los cien años que murió desde su nacimiento. Él hubo ganado el ir a la tumba en su juventud, aunque hubiese vivido menos hasta aquel tiempo.”¹

La medicalización del final de la vida presenta un costo financiero, pero además un costo psicológico. Hoy importa no sólo atender a las personas mayores que lo necesitan (“cure”) sino además ocuparse bien de ellas (“care”). Según Jacques Légaré e Yves Carrière (1999), la “lucha contra la muerte” no debe convertirse en una “lucha contra la vida”.

Estamos ganando continuamente años de vida. ¿Pero de qué años de trata? Si vivimos colectivamente más tiempo, sólo para pasar más años en situación de alta dependencia, ¿vale la pena el esfuerzo? ¿El incremento de la cantidad de vida no sería finalmente un poco artificial? ¿La degradación de la calidad de vida en la edad avanzada de algunos individuos es el precio que se debe pagar por la prolongación de la vida de la que goza la mayoría?

Gracias al cálculo de “esperanzas de vida en salud” se puede seguir la evolución de la cantidad de vida y la proporción de los años vividos sin incapacidad. Según la definición de “buena salud” considerada, las diferencias entre total de años vividos y años vividos con salud varía. Mientras que casi el 80% de los años vividos después de los 65 años por las mujeres alemanas en los años 1990 eran vividos sin limitación severa, la proporción caía a un 40% cuando el criterio era “vivir sin ninguna incapacidad”. Sin embargo, hoy se vive más tiempo gozando de buena salud que en el pasado. Consideremos ahora el rejuvenecimiento de la población mayor.

¹ Jean-Jacques Rousseau (1762), *Emilio o la educación*, Libro I, Madrid, edición E.D.A.F., 1964, p. 30.

III. “ANCIANOS” DE AYER Y DE MAÑANA

Rechazando la idea de un fuerte determinismo de la edad, se llegó a un cierto relativismo al considerar que la edad a la cual uno se convierte en anciano aumenta constantemente con el tiempo. Ciertamente es que a mediados del siglo XX todavía se llegaba a la vejez a la edad de 60 años, mientras que hoy el inicio de esta etapa es claramente más tardío. Si el umbral de la vejez se define a partir de la esperanza de vida al nacer, en Francia, en 1955, se era viejo a los 69 años, y actualmente recién a los 80. Además, podemos preguntarnos a partir de qué momento una “persona mayor” se convierte en “anciana”. Hay que especificar entonces diversos criterios que pueden ser tanto de índole médica como psicológica (juventud de espíritu).

¿Qué efecto puede tener este atraso de la entrada en la vejez en el envejecimiento de una población? Si las personas mayores son cada vez más dinámicas, ¿el incremento de su número no cobraría mayor importancia? Pero la pregunta merece también ser analizada desde una perspectiva económica. ¿La edad de cese de actividad debe elevarse regularmente para tomar en cuenta esta modificación de las categorías etarias y de un mayor número de años vividos tras los 60 o 65 años? Si la salida del mercado laboral es cada vez más tardía, éste debe poder continuar acogiendo a los jóvenes activos en buenas condiciones sin excluir a los activos de mayor edad.

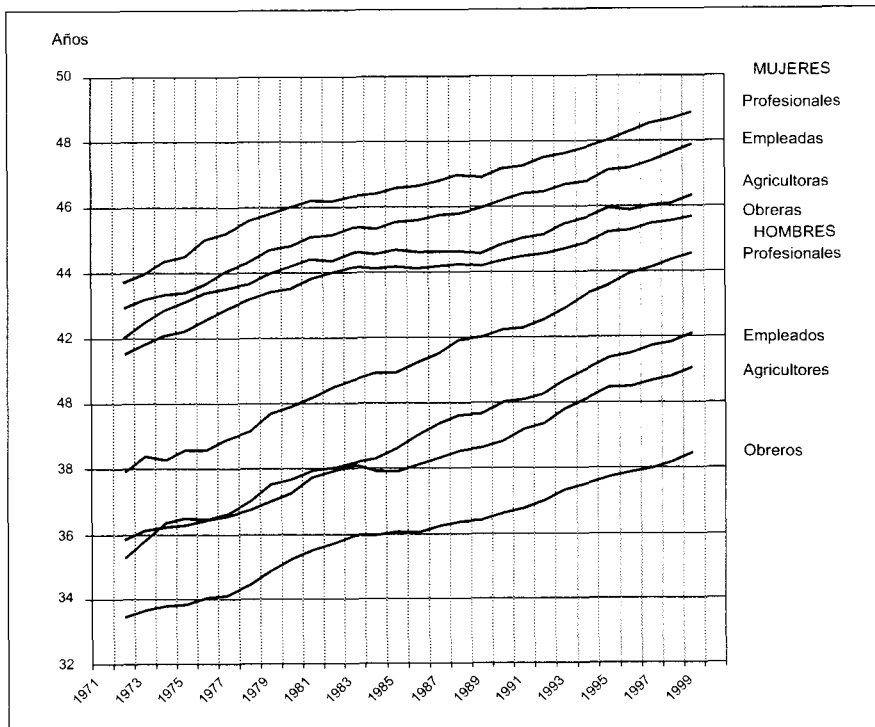
De todas formas, el hecho de que los ancianos de mañana sean diferentes de los de ayer porque gozan de mejor salud y tienen una experiencia de vida distinta no cambiará radicalmente las cosas en lo referente al financiamiento de la inactividad en edades avanzadas. Consideremos ahora las desigualdades de duración de la vida, en especial entre hombres y mujeres.

IV. DESIGUALDADES DE GÉNERO

Las mujeres viven más tiempo que los hombres. Estas desigualdades de género están acompañadas de desigualdades sociales. En Finlandia existe, en términos de duración de la vida, un interesante orden que combina género y categoría social. Los valores de la esperanza de vida a los 35 años ponen en evidencia la existencia de una doble jerarquía: una según el género y otra según el medio social (gráfico 1). Sea cual fuere la categoría social de pertenencia, las mujeres viven siempre más que los hombres. Además, tanto en la población masculina como femenina reina un mismo “orden social”. Las esperanzas de vida, en orden ascendente, son las de obreros, agricultores, empleados y profesionales. Es curioso observar que

los hombres que registran la situación más favorable con respecto a la mortalidad, a saber los profesionales, tienen menos años por vivir a partir de los 35 años de edad que las mujeres con la más baja esperanza de vida a los 35 años, es decir las obreras. A la vez, la esperanza de vida a los 35 años no deja de progresar en el curso del tiempo tanto para los hombres como para las mujeres y para todas las categorías sociales, pero a lo largo de 30 años de observación el orden no se ha modificado.

Gráfico 1
**EVOLUCIÓN DE LA ESPERANZA DE VIDA A LOS 35 AÑOS EN FINLANDIA,
 POR SEXO Y CATEGORÍA SOCIAL**



Fuente: Valkonen y otros, 1999 y 2003.

Las mujeres viven más que los hombres pero, sin embargo, cuando han sido activas, reciben jubilaciones generalmente inferiores a las de los hombres. Esto obedece a dos razones: un salario medio de las mujeres inferior al de los hombres y una mayor discontinuidad en la actividad que desarrollan. En lo que respecta a los hombres, a las desigualdades de duración de la vida se agregan las desigualdades en las pensiones de jubilación: los hombres que, a la edad de la jubilación, tienen la duración de vida más corta y disponen de los más altos ingresos de reemplazo. Cabe señalar que, en el futuro, las desigualdades económicas entre hombres y mujeres a la edad de la jubilación deberían disminuir debido a una tendencia hacia una menor discontinuidad en la actividad femenina.

Las desigualdades están vinculadas a la pertenencia social y al género, pero puede también existir una alta desigualdad entre generaciones.

V. GENERACIONES: DIFERENCIAS Y EQUIDAD

Susan McDaniel (2004) realizó un estudio sobre seis grupos de diez generaciones en Canadá, considerando el contexto económico y social en el cual éstas vivían a la edad de 25 años. Puso en evidencia una gran diversidad de situaciones y, por último, grandes desigualdades. Limitémonos a tres grupos de generaciones:

- las generaciones 1916-1926 vivieron en un contexto de fuerte crecimiento económico, poca desocupación, escasos divorcios y baja participación de la mujer en el mercado laboral;
- el entorno de las generaciones 1946-1955 —primera ola del Babyboom— estuvo también marcado por un fuerte crecimiento económico pero acompañado de una alta desocupación, de divorcios frecuentes y de fuerte presencia de la mujer en el mercado laboral;
- las generaciones 1965-1975 conocieron un contexto económico mucho más difícil, una “inseguridad familiar”, presupuestos sociales en baja y una menor equidad entre hombres y mujeres.

Pero ¿cómo plantear correctamente el problema de equidad entre generaciones? ¿Es un buen método establecer una contabilidad por generación y hacer el balance de lo que cada generación dio y de lo que recibió? ¿Y a quién le corresponde asumir la solidaridad? Dado que la sucesión de generaciones introduce una irreversibilidad temporal, corresponde al Estado representar a las generaciones futuras y garantizar la perdurabilidad de los sistemas de solidaridad e intercambio.

Uno de los desafíos a los cuales se ven enfrentadas las sociedades desarrolladas consiste en reducir las desigualdades dentro de cada generación. Es también mantener una equidad entre las generaciones cuando el incremento de personas mayores inactivas torna considerablemente más gravosas las cargas que pesan sobre los sistemas de protección social. Las dos dimensiones de equidad intrageneracional e intergeneracional deben ser consideradas en forma simultánea. Como se argumentará en lo que sigue, el mantenimiento de la equidad entre generaciones se juega ampliamente en el mercado laboral.

VI. ¿UNA DIVISIÓN DEL TRABAJO O DE LA ACTIVIDAD?

Las perspectivas demográficas actuales indican que, por cada persona de entre 20 y 60 años, existe hoy 0,4 personas de más de 60 años, y que dentro de cuarenta años debería haber 0,7 personas. La conclusión inmediata es una futura escasez de activos. Pero al establecer tales perspectivas se postulan edades fijas de ingreso y egreso del mercado laboral. Ahora bien, en el transcurso de un siglo, en Francia, estas edades se modificaron considerablemente (gráfico 2). Y hoy se debate acerca de la evolución deseable de la edad de jubilación.

Por otra parte, tal vez en el futuro falten más activos, pero hoy falta trabajo. Entonces, ¿se deben considerar estos temas demográficos y económicos en términos de escasez de activos o de escasez de trabajo? Y lo que hay que compartir, ¿es en último análisis la actividad o el trabajo? Se sabe también que las jubilaciones anticipadas de trabajadores de edad no se han traducido en una mayor contratación de jóvenes, y han tenido como única consecuencia un mayor peso de las cargas en las finanzas públicas.

Para justificar la implementación de estos mecanismos de “pre-jubilación” se invocaron razones económicas, en especial una baja de la productividad de los trabajadores con la edad, la cual no fue nunca demostrada. Luego se tomó conciencia de la importancia que reviste para las empresas la experiencia acumulada por los trabajadores de mayor edad. Y finalmente varios gobiernos, como los de Finlandia o Francia, adoptaron medidas para incrementar la tasa de actividad y empleo de la población entre 55 y 64 años.

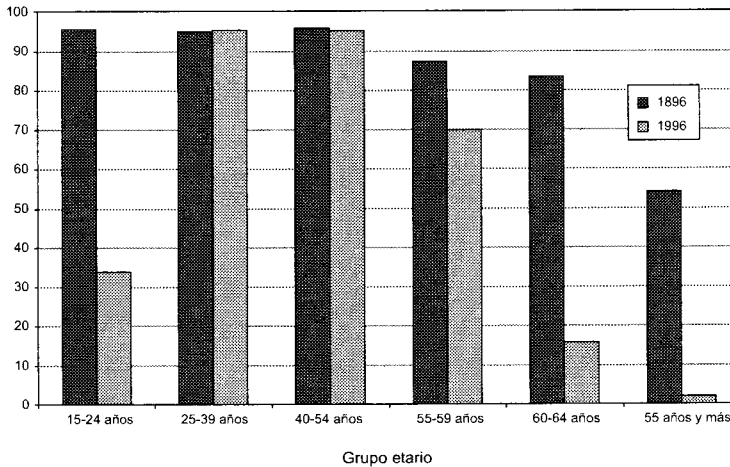
Resulta inevitable operar un profundo cambio de los sistemas de protección e intercambio. ¿Qué papel desempeñarán en ese momento el Estado, la familia y el individuo?

Gráfico 2

FRANCIA. TASA DE ACTIVIDAD DE LOS HOMBRES POR EDAD. 1896 Y 1996

(Proporciones de hombres activos en cada grupo etario, en porcentaje)

Proporción de hombres activos (en %)



Fuente: Marchand y Thélot, 1997.

VII. ESTADO, FAMILIA E INDIVIDUO

Si los mayores son egoístas y los jóvenes individualistas, el contrato social entre las generaciones no sobrevivirá a los cambios demográficos, habida cuenta del incremento previsible de las cargas financieras. Si la solidaridad retrocede, por efectos del dominio de una lógica individualista, cada generación defenderá sus propios intereses y cada individuo tratará de salir delante de la mejor manera posible.

Pero ¿es realmente inevitable esta atomización de la sociedad? ¿El individualismo se establecerá cada vez más como la norma? Nada permite afirmarlo, en especial teniendo en cuenta la complejidad de las lógicas individuales. Así, la familia conforma una unidad de solidaridad que es intergeneracional por naturaleza. Los abuelos pueden buscar mejorar su bienestar de personas mayores y al mismo tiempo preocuparse por el porvenir de sus nietos. A menudo se cita el movimiento de las “Panteras grises” (Gray Panthers) en Estados Unidos como ejemplo, e incluso prueba, del egoísmo de las personas mayores. Se olvida así que su campo de actividad era muy

amplio: las Panteras grises querían luchar contra toda discriminación con respecto a los ancianos, pero también a los jóvenes.

Los sistemas de solidaridad e intercambio involucran a la familia, el mercado y el Estado. Un enfoque contable de la dinámica de estos sistemas hace pensar que existe competencia entre las diferentes formas en que se asume la solidaridad. Lo que el Estado asumiría liberaría en la misma proporción a las familias. Sin embargo, la socióloga Claudine Attias-Donfut (2000) ha demostrado que los desembolsos realizados por el sistema público de protección social han permitido mantener las solidaridades familiares, ya que los montos recibidos se redistribuyen en el seno de la familia. Hoy se sabe además que un sistema de jubilación mediante capitalización no podría ser un sustituto del sistema de reparto, dado que la acumulación de un ahorro por parte de cada activo con vistas a su retiro tiene efectos macroeconómicos que los Estados no pueden manejar.

Cabe también preguntarse en qué medida la familia continuará siendo proveedora de solidaridad. Goldscheider y Waite (1991) se plantearon el caso de dos revoluciones posibles de la familia. Una, interior, corresponde al cambio de los roles masculinos y femeninos. La otra, externa, amenazaría la existencia misma de la familia, traduciéndose en una desconfianza con respecto a las uniones estables y un rechazo a los hijos. Es difícil prever la evolución futura de la familia, pero hay que evitar toda visión reductora del cambio social. Constanza Tobío (2004) mostró así que las abuelas se fortalecían en su rol de “amas de casa” al ocuparse de sus nietos para que sus hijas pudieran gozar de la autonomía que da una actividad remunerada. Aceptaban un rol tradicional para permitir a sus hijas tener un comportamiento “moderno”. La diferencia de comportamientos entre abuelas y madres debía entonces considerarse en el contexto de una estrategia más amplia, de nivel familiar.

Asimismo, el envejecimiento puede considerarse de manera más social —cabe preguntarse, por ejemplo, si fomenta la soledad— y también de manera subjetiva.

VIII. SOCIOLOGÍA Y PSICOLOGÍA DE LA EDAD

¿Es el envejecimiento individual sinónimo de soledad al final de la vida? Correlativamente, ¿la soledad afecta esencialmente a las personas mayores? Distingamos en primer lugar el hecho de vivir solo del sentimiento de soledad. Muchas personas mayores desean conservar su independencia: viven solas pero como resultado de una opción. Por otra parte se puede perfectamente vivir solo sin ser una persona mayor. La soledad no es un privilegio de la edad.

Como la esperanza de vida de las mujeres es superior a la de los hombres, la soledad en edades avanzadas es con mayor frecuencia femenina. Sin embargo, el aumento de la esperanza de vida masculina y femenina debería haber conducido, manteniéndose constantes las demás variables, a un incremento importante de la duración de vida de las parejas. Pero el divorcio, en cierta medida, tomó el lugar de la viudez como modo de ruptura de unión. Para poder sacar realmente conclusiones sobre este punto hay que saber a partir de qué momento la autonomía de las personas mayores se convierte en aislamiento.

Existe una sociología pero también una psicología de la edad. Si bien la edad cronológica puede ser objeto de un cálculo particularmente preciso, la interpretación de una edad debe hacerse en función de la vivencia de ésta. En *Los Nogales de Altenburg*, el novelista hacía decir a uno de sus personajes:

«Yo he conocido este... sentimiento —dijo Walter—. Y a veces me parece que lo voy a recobrar, cuando sea viejo...»

Mí padre miraba a este hombre de setenta y cinco años que decía: “cuando sea viejo...”».²

En una encuesta realizada a familias en cinco generaciones, en Francia, personas pertenecientes a distintas generaciones diferentes fueron interrogadas sobre su percepción de la edad. Se las invitó a responder de la siguiente manera: “soy demasiado joven para...” o “soy demasiado viejo (vieja) para...”. Es interesante constatar que las personas de la quinta generación (las más ancianas) se sentían en su mayoría “demasiado jóvenes para morir”. Una mujer de 70 años afirmaba ser “demasiado joven para considerar [se] como una persona anciana”. Por el contrario, miembros de generaciones más recientes podían considerarse demasiado viejos, por ejemplo, para capacitarse en un ámbito diferente al propio.

La vivencia de una determinada edad varía además en función de la evolución de la composición por edad de la población y en función del tiempo (Véron, 1993). En este sentido, la edad es doblemente relativa. Esto no conduce sin embargo a “relativizar” realmente el fenómeno del envejecimiento demográfico, al cual deberán adaptarse las sociedades.

² André Malraux, *Les Noyers de l'Altenburg*, 1943, réédition Gallimard. Folio, Paris, 1997, p. 82.

IX. UNA SOCIEDAD INTERGENERACIONAL

El envejecimiento de la población es ineluctable. En Francia, aun si la fecundidad aumentara hasta garantizar la renovación de la población, con una esperanza de vida al nacer de 85 años por ejemplo, la población se estabilizaría con una proporción de un tercio de mayores de 60 años. Dado que las migraciones internacionales no permiten invertir la tendencia al envejecimiento demográfico, es importante reflexionar en la manera en que las sociedades pueden adaptarse a este cambio en profundidad.

El verdadero desafío para nuestras sociedades consiste en reinventar una sociedad que sea verdaderamente intergeneracional, sin duda alguna asentada sobre bases diferentes a las del pasado, pero una sociedad que permita relaciones más estrechas entre las diferentes clases etarias. En toda sociedad, la “mezcla de edades” debería ser la norma. Para que una sociedad pueda ser intergeneracional, deben modificarse además las formas de hábitat, lo cual plantea una problemática urbanística. Hacen falta espacios donde las sociedades puedan encontrarse e interactuar. Hacen falta asimismo momentos particulares. Es pues también un tema de manejo global del tiempo. La familia es un marco privilegiado de las relaciones intergeneracionales, pero no es el único. La vida cotidiana de cada individuo debe permitirle interactuar con representantes de diversas generaciones. Si bien es importante promover una “sociedad sin edad”, es necesario además facilitar el surgimiento de una “sociedad con generaciones”.

BIBLIOGRAFÍA

- Arfeux-Vaucher, Geneviève (2002), “Des familles à cinq générations en France”, *Gérontologie et société*, número especial.
- Attias-Donfut, Claudine (2000), “Rapports de générations. Transferts intrafamiliaux et dynamique macrosociale”, *Revue française de sociologie*, vol. 41, N° 4, París.
- Gaullier, Xavier (2003), *Le temps des retraites, les mutations de la société salariale*, París, Seuil.
- Goldscheider, Frances K. y Linda J. Waite (1991), *New Families, No Families?: The Transformation of the American Home*, Berkeley, California, University of California Press/Rand Corporation.
- Légaré, Jacques e Yves Carrière (1999), “Dying healthy or living longer: a society’s choice”, *The Paradoxes of Longevity*, Berlín, Springer-Verlag.
- Mannheim, Karl (1990), *Le problème des générations*, París, Nathan.
- Marchand, Olivier y Claude Thélot (1997), *Le travail en France 1800-2000*, París, Nathan.

- McDaniel, Susan (2004), "Retraites, privilèges et pauvreté", *Âge, générations, et contrat social: Les cahiers de l'INED*, N° 153, Jacques Véron, Sophie Pennec y Jacques Légaré (eds.), París, Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED).
- Meadows, D.H. y otros (1972), *Los límites del crecimiento*, Nueva York, Potomac Associates.
- Riley, Mathilda W. (1987), "On the significance of age in sociology", *American Sociological Review*, vol. 52, N° 1, febrero.
- Roussel, Louis y Alain Girard (1982), "Régimes démographiques et âges de la vie", *Les âges de la vie. Travaux et documents*, N° 96, Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED).
- Tobío, Constanza (2004), Évolution des relations intergénérationnelles: le discours des mères espagnoles actives, "Âge, générations, et contrat social", *Les cahiers de l'INED*, N° 153, Jacques Véron, Sophie Pennec y Jacques Légaré (eds), París, Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED).
- Valkonen, Tapani y Tuija Martelin (1999), "Social inequality in the face of death, linked registers in mortality research", *Statistics, Registries and Science. Experiences from Finland*, J. Alho (ed.), Statistics Finland.
- Valkonen, Tapani, H. Ahonen y P. Martikainen (2003), "Sosiaaliryhmien väliset erot elinajanodotteessa kasvoivat 1990-luvun loppuvuosina", (Increasing socioeconomic differences in life expectancy in the late 1990s), *Hyvinvointikatsaus* 2.
- Véron, Jacques (2005), *L'espérance de vivre*, París, Seuil.
- _____ (1993), *Arithmétique de l'homme*, París, Seuil.
- Véron, Jacques, Sophie Pennec y Jacques Légaré (eds.) (2004), *Âges, générations et contrat social: Les cahiers de l'INED*, N° 153, París, Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED).